

ACTO SEGUNDO

Un salón en el palacio Torelli. Muebles severos, tapices sombríos,
armaduras y retratos.

ESCENA PRIMERA

JUAN BAUTISTA *sentado en un gran sillón* y DOÑA PÍA *de pie, delante de él.*

JUAN. Nada. No. La culpa es mía
y de veras me arrepiento.
¡No pisaré más las calles,
ni aun del brazo de Severol
¡Tanta mengua me enloquece!
¡Qué terrible vilipendio!
¿Lo ves? Tan sólo contigo
dichas y reposo encuentro.
¡Contigo, que me adivinas
las penas! ¿Estoy enfermo?
¿Qué me importan mis dolores
si me quieres? ¡Ya estoy buenol
¡Infeliz!

PÍA.

JUAN. Díme, ¿quién vino
en mi ausencia?

PÍA.

Pues... vinieron

JUAN. diez ó doce desterrados,
 todos con el mismo empeño
 de verte. Como que saben
 que fuiste siempre tan bueno.
 ¡Desterrados! ¡Todavía
 más desterrados! ¡No puedo!
 ¡Mis recursos ya se agotan
 y es urgente socorrerlos!
 ¡Infelices!

PÍA. Sin embargo,
 no te preocupes por eso.
 En sus tímidas miradas
 adiviné sus tormentos,
 y con las manos vacías
 ninguno salió.

JUAN. ¡No entiendo!
 ¿Qué nos queda ya?

PÍA. La suerte
 les fué propicia.

JUAN. ¿Qué has hecho?

PÍA. No te ocupes de mis pobres
 caridades... te lo ruego.
 Si no cambia nuestra angustia,
 si es nuestro pesar eterno,
 ¿para qué, dí, me servían
 alhajas que nunca ostento?
 Y los pobres desterrados
 han salido bendiciendo
 tu nombre.

JUAN. ¿Cómo podría
 describirte lo que siento?
 ¿Quién se cura de mis penas?
 Con lástima ven al viejo
 que padece resignado
 los males que yo padezco.
 Es verdad. ¡Soy un cautivo
 en mi propia patria! Pero...
 quien logre ver realizados
 sus mejores pensamientos:
 el monje humilde que sueña
 con ser Papa, y llega á serlo,

PÍA. el pobre desheredado
 que vive de aventurero
 y recobra de improviso
 nombre, honor, fama, derechos,
 envidiarían mi suerte
 cuando en tus brazos me entrego.
 Sólo aspiro á ser esclava
 del deber.

JUAN. ¡Cómo te quiero!
 Cuando en la vida que llevas
 junto á mis dolores pienso,
 de pronto, me oprime el alma
 un tenaz remordimiento.
 Cuando por la vez primera
 te vi y á la par el cielo,
 —que no distinguió mi vista
 quién era de quién reflejo,—
 era tu gentil figura,
 más que un primor, un portento,
 y tus años no llegaban
 ni aun á veinte... ¡Qué risueños
 horizontes! ¡Qué destinos
 los de tu vida tan bellos!
 Ignorabas mi fortuna,
 mi estirpe, mi nacimiento,
 y mis años ya pasaban
 de treinta. ¡Bien lo recuerdo!
 Yo te miré, y á las más
 tus miradas respondieron
 sin reparar en la nieve
 que, á pesar de tanto fuego,
 no sé por dónde, venía
 á enredarse en mis cabellos.
 Pronto el hacha del tirano
 dió fin al idilio... y luego
 ¡ni las risas, ni las horas
 de felicidad volvieron!

PÍA. ¡Ay!
 JUAN. Después, ¿cómo viviste
 desde el infausto momento
 en que, ultrajado y vencido

por un perdón sin ejemplo,
vine á ocultar mi vergüenza
y á llorar sobre tu seno?
Encerrada entre estos muros,
cerca del soldado viejo
perdido para su patria,
desengañado y enfermo,
tú consuelas mis pesares,
como los tuyos eternos.
Hay flores,—también las flores
tienen alma,—que si el viento
caprichoso las arroja
sobre los tupidos hierros
de la medrosa ventana
de un calabozo siniestro,
desdeñan del sol radiante
los magníficos destellos,
de la brisa embalsamada
los arrullos y los besos,
y dedican el encanto
de sus aromas intensos
á calmar los infortunios
de los infelices presos.
Y en este palacio, cárcel
de mis hondos sufrimientos,
eres tú la flor piadosa,
¡y yo soy el prisionero!
Basta, basta. Me avergüenzas;
junto á tí, lo mismo lejos,
por mi cansada memoria
cruzan iguales recuerdos.
Los de la hermosa mañana
cuando, al salir de aquel templo,
tus miradas amorosas
y ardientes me sedujeron.
Y entonces yo, seducida
por tus impacientes ruegos,
no fui, porque no quisiste,
juguete de tus deseos.
¡Y á tu altura me elevaste!
¡Ah! Por Dios... ¡eres mi dueño!

PÍA.

Pide mi sangre, mi muerte,
mi vida. ¡Yo te las debo!
Ya de sobra me has pagado
con ser madre de Severo.

JUAN.

PÍA. (¡Ella ¡Dios mío!)

JUAN.

Te lo juro
por mi amor. Siempre que pienso
en que es tan noble, tan bravo,
tan generoso y tan bueno,
le admiro, porque las ansias
de tu amor así lo han hecho.
¿No he de ser agradecido?
Mas ¿por qué guardas silencio?
¿Si es natural que te quiera
más que á mí! ¿Si lo comprendo!
¿Si es el fruto de tus altos
y admirables pensamientos,
de tus afanes continuos,
de tus continuos desvelos!
¿Si le has nutrido cien veces
con el jugo de tu pecho
y con la vida del alma,
que aún es más, al mismo tiempo!
¡Oh! ¡Calla, por Dios!

PÍA.

JUAN.

¿Que calle?

¿No puede ser!

PÍA.

¿No merezco..

Permite que te abandone
un instante, porque aún tengo
que remitir más socorros
á los desterrados. ¡Vuelvo!
¡Dios te pague con la gloria
tanto bien como te debo!

JUAN.

(Le besa las manos.)

ESCENA II

JUAN BAUTISTA y SEVERO

JUAN. ¡Sigue tu senda, mujer,
que al fin tu premio hallarás!
(*Dirigiéndose á Severo, que entra.*)
¿Llegas? Tardaste en volver.
¡Miral Siempre que te vas
te quisiera detener.

SEV. ¡Padre! (*Con gran exaltación.*)

JUAN. ¿Qué? Tu mano fría
tiembla.

SEV. ¡Vencer ó morir!

JUAN. ¿Qué dices?

SEV. ¿No ves lucir
en mis ojos la alegría,
la esperanza, la ilusión?
Una vez nuestro tirano
quiso levantar su mano
y concederte perdón.
Y en aquel terrible instante
en que el vil te perdonaba,
mientras que su voz gritaba,
cada vez más arrogante
tu acento, firme y seguro,
de tu voluntad, le dijo:
«Tirano, ¡si tengo un hijo
me vengará! ¡Te lo juro!»
¡Padre! Se acerca el momento
en que las gentes vendrán
á buscarte, y te dirán:
«¡Se cumplió tu juramento!»
¡Hijo! ¡Por Dios! ¡Mucha calma!

JUAN. Pues qué, ¿no llevo tu nombre?

SEV. ¡Nació el hijo, y es ya un hombre

con ofensas en el alma!
El mismo pueblo, que oyó
tus amenazas, dirá,
si tardo, que es tiempo ya
de que las recuerde yo.

JUAN. ¿Qué pretendes?

SEV. ¡Padre!

JUAN. ¿Qué?

SEV. ¿Qué? ¡Matarle! Verle muerto
á mis plantas. ¡Y te advierto
que sobre Dios lo juré!
Que en su justicia confío.
Somos cuatro, nobles, fuertes.
¡Ah, pero, de todas suertes,
será el primer golpe el mío!
¡Vieras antes apagada
la luz del sol, seco el mar,
que conseguir esquivar
su pecho mi puñalada!
¿Me comprendes? (*Transición.*) ¿Me condenas?

JUAN. ¡Yo, jamás! ¡Si así te quiero!
¡Ah! Si es mi sangre, Severo,
la que corre por tus venas;
si tú sientes mis agravios
porque mi sangre los dice;
¡si soy yo quien los maldice
al maldecirlos tus labios!
¿Temes? ¡Padre!

SEV. ¿Yo temer?

JUAN. ¿Tiemblas?

SEV. Jamás he temblado.

JUAN. ¡Padre, padre!

SEV. ¡Lo has jurado!

JUAN. ¡Hijo, cumple tu deber!
(*Mostrándole los retratos y armaduras que decoran el salón.*)
Mira: ¡tus abuelos! ¡Más!
Míralas: ¡sus armaduras!
¡Ay de ti si en balde juras,
si te arrepientes...

SEV. ¡Jamás!

JUAN. Si no imitas sus hazañas,
si dudas ó si perdonas,
si tanto nos ilusionas
y luego nos desengañas.

SEV. ¡Oh, jamás! ¿Quién representa
sus nombres, sus glorias, quién?

JUAN. Son mis padres, y también
les ha dolido mi afrenta.
Ellos vienen á llorar
contigo mis amargas.
¡Oh! Mira sus armaduras,
¡algo las hace vibrar!
Ten arrojo y osadía.
¡No dudes!...

SEV. ¡Yol ¡Bueno fueral
¡Padre, si aunque lo quisiera
mi madre, si no podría!

JUAN. ...porque al cumplir mi amenaza,
si en tu brazo de repente
hay más vigor, es que siente
el de toda nuestra raza.

SEV. ¡Bendíceme, pues!

JUAN. ¡Dios mío!
Tú que dejas que el volcán
lance sus lavas, que van
corriendo en ardiente río;
Tú, Señor, debes querer
que los que sufren el yugo
del más infame verdugo
lo puedan al fin romper.
Bendice la voluntad
del que quiere con su acero
devolver á un pueblo entero
su honor y su libertad.
¡Es el hijo que lloró
con hiel y sangre mi llanto!
¡Bendícelo tú, Dios santo,
como lo bendigo yo!
Por la angustia, la inquietud
y las negras agonías
de tantos y tantos días

de infamante esclavitud;
por los que miran los fueros
de su dignidad burlados;
hijo, por los desterrados,
por los pobres prisioneros,
por las grandes esperanzas
que nuestro afán acaricia,
por los que piden justicia
y sólo encuentran venganzas,
¡en nombre de todos, yo
te quisiera bendecir!...

SEV. ¡El hijo sabrá cumplir
lo que su padre juró! (*Se abrazan*).

ESCENA III

JUAN BAPTISTA, SEVERO y DOÑA PÍA.

JUAN. ¡Tu madre!

PÍA. ¿Qué has dicho? ¿qué?

JUAN. ¡Severo! Callas; ¿qué intenta?

SEV. ¡Cuéntalo!

PÍA. ¡Padre!

JUAN. ¡Sí!
Cuenta,
que yo te defenderé.

SEV. ¡Si es mi madre!

JUAN. Pues por eso.
Para el peligro en que vas
á empeñarte, vale más
que mi bendición su beso.

PÍA. ¡El! ¡Tú! ¿Qué ocurre? ¿Quién dijo
que tú...

JUAN. No dudes. Pretende
castigar á quien le ofende
y vengar como buen hijo

á su patria y á su padre
 y á su honor...
 PÍA. ¡Vengar! ¿Vengar?
 SEV. Pero ¿qué intentas?
 á Spínola! ¡Matar
 PÍA. ¡Nunca!
 SEV. ¡Madre!
 PÍA. ¡Nunca, por Dios!
 JUAN. ¿Pues no acabas
 de alentar á tanta gente?...
 PÍA. ¡Por Dios!
 JUAN. ¡Tu grito desmiente
 la entereza que demostrabas!
 SEV. ¡La dignidad de los dos
 me lo ordena y el deber!
 JUAN. ¿Lloras? ¡Ay! ¡Al fin mujer!
 SEV. ¡Es necesario!
 PÍA. ¡Por Dios!
 JUAN. Pero dí, ¿no dabas antes
 tus joyas, y no te dije?...
 PÍA. ¡Sí!
 JUAN. ¡Pues bien, Pisa te exige
 algo más que tus brillantes!
 PÍA. (*A Severo.*) Y tú ¿no ves mi tormento?
 SEV. ¡Sobre Cristo lo juré!
 PÍA. ¡Hijo!
 SEV. ¡Madre! Cumpliré,
 ¡cumpliré mi juramento!
 PÍA. (*A Juan B.*) Déjanos. Quiero llamar
 á su corazón.
 JUAN. No esperes.
 (*¡Infeliz! ¡Y tú, que quieres
 y que no quieres llorar!*)
 SEV. ¡No es posible que me pare
 á medio camino andado!
 JUAN. ¡Si Dios lo tiene mandado!
 PÍA. ¡Solos ya! ¡Que Dios me ampare!

ESCENA IV

DOÑA PÍA y SEVERO.

PÍA. ¡Oye!
 SEV. ¿Qué, madre?
 PÍA. ¡Dí! ¿Me quieres? ¡Oye!
 Spínola es un monstruo, no lo niego;
 al escuchar su nombre miserable,
 de escucharlo tan sólo me estremezco.
 Sus triunfos y sus crímenes ofenden,
 más que á los mismos hombres, á los cielos.
 La muerte más horrible no sería
 pena para sus culpas. ¡Le aborrezco!
 Y, sin embargo,—mide mis palabras,—
 te vale más que vivas como un perro,
 que de tu fe te apartes, que sucumbas
 presa de los martirios del infierno;
 todo, ¿comprendes bien? ¿comprendes? antes
 que ni toques, siquiera, sus cabellos.
 SEV. ¡Ah! ¡Me espantas!
 PÍA. Llegó, por fin, la hora
 de revelar el lúgubre secreto.
 ¡Muros, caed, caed y sepultadnos
 si me queréis librar de mi tormento!
 SEV. ¡Madre! ¡Por Dios, por Dios!
 PÍA. ¡Hijo del alma!
 SEV. ¡Ah! No me quieres.
 Más que nunca. Pero,
 madre, lo sabes ya, sobre Dios mismo
 hace poco presté mi juramento.
 Y al compromiso irrevocable y justo
 ¿podré faltar?
 PÍA. ¡Sí!
 SEV. ¡No, madre, no puedo!

- PÍA. ¡Sí!
- SEV. ¡No, no! ¿Por qué tiemblas? ¿No respondes?
¡Ah! ¿por qué tiemblas? Dime.
- PÍA. ¡Dios eterno!
¡Ah! Tú no sabes, hijo, no comprendes;
aplaca tu rencor y tu desprecio.
Yo no sé qué decirte. ¡No! ¡La angustia
¡ay! me destroza el corazón, ¡Severo!
Aquel perdón rarísimo, ¿no sabes?
aquel perdón que surge del misterio...
¡El verdugo!... ¡Torelli solamente
salvado!
- SEV. ¡No, no, no! Si no lo creó.
¡No, madre mía, no!
- PÍA. Sí, ¡te retuerces
las manos? ¡tiemblas ya! ¡vas comprendiendo!
- SEV. ¡Oh! ¡Monstruoso, madre!
- PÍA. Sin embargo,
todo lo que sufrí debes saberlo.
Siempre las amenazas, las cadenas
y los verdugos siempre, ¡qué recuerdos!
Estaba como loca. ¡No tenía
ni á quien volver los ojos en mi duelo!
¡Qué ley! ¡Qué horror! ¡La muerte al que conspire!
¡Qué infamia! ¡Qué crueldad! Y estaba preso.
En balde separé la dura mano
del vil esbirro que llegó primero.
¡Eran tan fuertes! ¡Me dejaron sola!
Y entonces mi aterrado pensamiento
sólo supo vivir atormentado
por una aspiración, por un deseo.
¡Ver al infame! ¡Demandar clemencia!
¡Llorar; cubrir sus manos con mis besos!
¡Oh!
- SEV. ¡Me despedazaban mis dolores!...
- PÍA. ¡Oh! ¡Basta ya!
- SEV. Y en mi suplicio horrendo
ni tuve previsión, ni tuve calma,
ni al gibelino distinguí del güelfo.
PÍA. ¡Oh, sí! ¡Mi afán necesitaba verle!

- SEV. ¡Ver á Spínola!
- PÍA. ¡Madre!
¡Y aún le veo!
- ¡Y en su trono! Diabólica sonrisa
vagando está sobre sus labios gruesos,
de un gran collar magnífico de oro
va la siniestra mano suspendiendo,
y cuando, medio muerta, ya rendida
por el cansancio del inútil ruego,
ante sus plantas me postré de hinojos,
«Eres hermosa» respondió su acento.
Al escuchar sus cínicas palabras,
yo no sé qué me levantó del suelo.
- SEV. ¡Oh! ¡Miserable!
- PÍA. ¡Sí! Y el miserable,
acercándose á mí, siguió diciendo:
«Mañana, ya lo sabes, á la aurora,
con las manos atrás, desnudo el cuello,
subirán al patíbulo tres hombres.
Ya sus sentencias publiqué. De lejos,
desde muy lejos llegarán las gentes
para mirar el fin de sus tormentos.
Dos morirán ¡de hijo! Sobre el otro
verás también el hacha. ¿Tiemblas? Pero...
el hierro no caerá, si tú no quieres...»
¿Y el hierro no cayó?
- SEV. ¡No cayó el hierro!
- PÍA. ¿Y no cubrió la tierra tal infamia?
- SEV. Hijo, debí matarme, lo comprendo;
mas, ya lo sabes, le salvaba; quise
volverle á ver y castigarme luego.
Tan sólo por mi amor dudé cobarde
y cuando, al verle, me gritó: «Si acepto
la gracia que el tirano me dispensa,
es por tí nada más...» ya ves, le quiero
con tan profundo amor... que fui su esclava.
Cuando le contemplé, vencido, enfermo,
encerrar en los muros de esta casa
los males de su espíritu y su cuerpo,
me dijo el corazón: «¡Es necesario
salvarle! ¡Vive!» y en aquel momento...

SEV. ¡Hijo! Por Dios!
 PÍA. ¿Y entonces?
 SEV. ¡Ay! Entonces
 tú... ¿comprendes?
 SEV. ¡Ay, madre, si comprendo!
 ¿Y en el instante en que llegaba al mundo
 aquel hijo infeliz del adulterio
 no tuviste valor?... *(Indicando la acción de ahogar.)*
 PÍA. ¡Oh! ¡Soy tu madre!
 SEV. ¡Piedad! ¡piedad!
 SEV. ¡Perdón! ¡Ay! Enloquezco.
 Escucha. La conciencia me abandona,
 todo mi ser desgárrase por dentro,
 la sangre de mis venas me repugna,
 y de mi propia carne me avergüenzo.
 Hijo suyo. ¡No! ¡no! ¿Yo, del infame?
 ¡Y el otro tan magnánimo, tan bueno!
 ¡El por hijo me quiere, madre mía!
 ¡Y él es, él es mi padre verdadero!
 ¡Con qué dulce cariño, descuidado,
 abrigaba la víbora en su seno!
 ¡Y mis besos de niño! ¡Tantas veces!
 ¡Si alguna vez supiera mi secreto!
 ¡El? ¡Jamás!
 PÍA. ¡Oh! ¡Jamás!
 SEV. ¡Si lo supiera
 vomitaría con horror mis besos!
 ¡Ay! ¡Perdón, madre, que tu culpa es leve
 para tanto castigo!
 PÍA. ¡No, Severo!
 SEV. ¡Y vosotras, efigies venerables
(Dirigiéndose á los retratos y á las armaduras.)
 de mis antepasados, mis abuelos,
 siempre vuestras miradas me seguían
 con visible rencor en otros tiempos.
 Entonces era niño, y á menudo
 os contemplaba con amor. ¡Comprendo!
 ¡Y vosotras también, las armaduras!...
 Del hierro duro, por los raros huecos,
 brotaban maldiciones y sollozos
 y vivo resplandor de luz de infierno.

¡Maldiciones y rayos! ¡Oh, ¡Torellis!
 Desde la negra costa de los muertos
 vuestros progenitores se escapaban,
 al ladrón y al intruso maldiciendo.
 Sí; ladrón de mi nombre, del escudo
 que en mis anillos y en mi espada llevo,
 hasta de las monedas miserables
 que tantas veces prodigué risueño,
 y en las que el rostro de mi padre, horrible,
 coronado se ve, como Tiberio.
 ¡Y es natural, quien nace de asesino
 para ser un ladrón tiene derecho!
 PÍA. ¡Dios mío!
 SEV. ¡Redoblad vuestras miradas;
 vuestra furia! ¡Ya todos lo sabemos!
 ¿Y mi fama? ¡Dios mío! ¡Cuántas veces,
 y cuántas, al volver de mis pasões,
 mujeres con amores y entusiasmos
 «Abrazad á mis hijos,» me dijeron.
 ¡Y me saludan todos! ¡Infelices!
 ¡Estoy leproso! ¡Mancho y escarnezco!
 ¡Apartaos! ¡La sangre que me hiela
 es sangre de serpiente! ¡Sí! ¡no miento!
 ¡Es sangre de Barnabó! Los humildes
 que me miráis con cándido respeto,
 buscad piedras. ¡Tirad! ¡Estoy leproso!
 PÍA. ¡Apedrãdme! ¡Quebrantad mis huesos!
 SEV. ¡Ah! ¡Por piedad! ¡No sabes lo que dices!
 PÍA. ¡La razón te abandona! ¡Tengo miedo!
 SEV. ¡Ay! ¡Te perdono, madre! ¡Que tan solo
 por impulsos de amor pudiste hacerlo!
 PÍA. ¡Hijo de mis entrañas! ¡Obedece!
 Te separo del crimen... ¡Y á qué precio!
 ¡Cambié tu amor por odio! Sin embargo,
 era preciso. ¡Justo! ¡Desfallezco!
 ¡Tú parricida! ¡No!
 SEV. ¡Sobre Dios mismo
 hace poco presté mi juramento!
 PÍA. ¡Hijo!
 SEV. ¡Madre! ¡Jamás!
 PÍA. ¡Ay! ¡No me quieres!

SEV. ¡Por Dios!
 PÍA. ¡Madrel ¡Piedad!
 ¡Por Dios, Severol
 (Arrodillándose á los pies de su hijo.)
 SEV. ¡Y aún dudol ¡madrel ¡Dios! ¡Mándame un rayol
 ¡El rayo mata, pero alumbra al menos!

TELÓN RÁPIDO

ACTO TERCERO

Una calle cerca del *Duomo*. En medio de la escena un león de piedra sobre su pedestal, en el que se ven escritas con carbón estas palabras: *Muera Spínola*. Palacios á derecha é izquierda. Es á la hora de la puesta del sol.

ESCENA PRIMERA

RENZO, ERCOLE, LIPPO, *hombres y mujeres del pueblo*.
 (Al levantarse el telón la gente del pueblo rodea el león, enseñándose unos á otros la inscripción del pedestal y riéndose á carcajadas.)

HOM. 1.º León caduco y cobarde
 ruge, ¡si puedes!

HOM. 2.º ¡Que muera
 Spínola!

LA TUR. ¡Muera Spínola!

HOM. 2.º ¡Y en todos la misma ofensa?

HOM. 1.º En todos los pedestales
 de los leones de piedra,
 y sobre el inmenso lomo
 de mármol del que se ostenta,
 como un monarca, en el atrio

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO